

3 Comentario

¿Qué tenemos nosotros para poder seguir aunque sea de un poco lejos a los pueblos que van prosperando en torno nuestro?

Esta pregunta parece sin sentido para quienes creen que estamos ya viviendo en el mejor de los mundos y países y efectivamente hay entre nosotros quienes viven tan bien como los que mejor en los pueblos más adelantados y prósperos y son precisamente los que tienen en sus manos los resortes del gobierno de los pueblos. Pero el 90% de la población se encuentra en una inferioridad de condiciones que no se puede disimular ni camuflar por mucho que queramos apañar de nuestro sistema económico o social, de nuestros seguros, de nuestras conquistas.

Repetimos, por consiguiente, la pregunta con que hemos comenzado esta charla: ¿qué recursos, qué elementos, qué apoyo tenemos nosotros para poder aspirar seriamente seguir, aun cuando sea de un poco lejos, la marcha de otros pueblos, con quienes antes de mucho vamos a tener que entendernos, competir, y en definitiva jugarlos la suerte?

Hemos de decir y clamar para que nos oiga todo el mundo: nuestra posible defensa es el trabajo, pero no en cuanto simple esfuerzo muscular o actividad mecánica humana, sino el trabajo inteligente, ordenado, racional, constante, generoso. Por eso la primera exigencia de nuestro patriotismo lo mismo que de nuestra moral cristiana en este momento es revalorizar el trabajo bajo todos los aspectos.

Vamos a subrayar esta última expresión: hemos de revalorizar el trabajo. Y revalorizar el trabajo es tarea que deben imponerse todos los ciudadanos: los eclesiásticos en su predicación y enseñanza, dando un contenido más realista y positivo a la formación del pueblo, desarrollando la conciencia del deber de trabajar por Dios y por tanto de trabajar mejor que nadie; los maestros y educadores poniendo en tensión los anhelos de superación de la juventud con una proyección laboral que signifique la exaltación de la capacidad creadora del hombre, puesta al servicio del bien de la humanidad, de la utilidad propia y la del prójimo. Los escritores y publicistas ofreciéndonos a través de las publicaciones, de la prensa y revistas algo más que los ejemplos desvergonzados de la ociosidad o del desorden; narcotizándonos con el deporte o haciéndonos idolatrar las figuras del celuluido, como si en este momento no hubiere tarea más urgente que seguir los pasos de los astros o reinas destronadas: las autoridades y gobernantes de los pueblos dando sensación de un mínimo de previsión para asegurar la continuidad en la línea ascensional o de progreso de los pueblos y por tanto abordando los problemas que en un futuro que se nos impone nos han de abrumar si al menos tenemos que tener capacidad de proporcionar tanto las oportunidades de trabajo como la capacidad de trabajo que requiere la nueva civilización que no es la que privó cuando nuestros antepasados vivieron en los antros e incluso cuando en una sociedad más evolucionada se enfrentaban con las necesidades de un nivel de vida incomparablemente muy inferior al actual.

Naturalmente que hacen falta festejos y el ocio, pero el ocio y los festejos para que sean aceptables tienen que estar al servicio de valores e intereses humanos y sociales ineludibles. ¿Por qué no vamos a tratar de matar dos pájaros de un tiro si ello es posible? Hemos de promover una elevación cultural y nos parece muy bien todo lo que contribuya a ello, pero hemos de buscar los procedimientos más eficaces, más económicos, de mayor productividad. La cultura es un término muy vago: se puede hacer una labor cultural, pero orientada hacia una cultura desfasada o vacía o tal vez simplemente neutra. La cultura que necesitamos es la que en definitiva ha de redundar en la mejora de nuestro espíritu, en el acondicionamiento de nuestras facultades, en la preparación para que estemos a la altura de las circunstancias para poder desenvolvernos adecuadamente.

Bien está que hurgemos el pasado, pero solo en tanto en cuanto el pasado pueda ofrecernos una base sólida de continuidad, como las raíces ofrecen al árbol.

Reiteramos lo que decíamos ayer: el trabajo, solamente el esfuerzo, la actividad personal es capaz de conducirnos a las cimas de la virtud: la virtud no se posee por herencia, por naturaleza, por temperamento. Por eso los conceptos de aristocracia tal como se entienden vulgarmente o se admiten entre nosotros implican una mentalidad vacía de contenido humano y cristiano y nada de particular tiene que en esta situación esta aristocracia sea un lastre en lugar de ser un fermento.